

**“Lyda Borelli, Alvaro Atmeller, Carolus  
Mont-Blanc”:  
Un cuento de forajidos en la revista *Mundo*  
Uruguayo (1919)**

Georgina Torello\*



Lyda Borelli. Fuente: Silent London

**L**a actriz italiana Lyda Borelli –“la” Borelli como se la conoció internacionalmente en la época– caló hondo en el imaginario latinoamericano. Primero con performances teatrales, durante las giras con su compañía por el continente y, a partir de 1913, con sus apariciones cinematográficas. Fue “la” *femme fatale*. Los hombres la adoraban y las mujeres la imitaban. O al menos eso escribían, en coro, los voceros a su favor o en su contra en prensa y revistas. En todo caso, encarnó un enigmático modelo estético, hecho de

sofisticación y elegancia y, como tal, inspiró a artistas, pintores, escultores. Y, va de suyo, a literatos que la “escribieron” a la (des)medida de sus deseos.

En territorio uruguayo apareció como recuerdo, borrosamente fusionada junto con Francesca Bertini, en “Por los tiempos de Clemente Colling” (1942) de Felisberto Hernández (1902-1964). Y fue/fueron puro gesto, puro enigma:

Y al pie de aquella escalinata empezaba a subir, larga y lánguidamente, la Borelli o la Bertini. ¡Y todo lo que hacían mientras subían un escalón! Hoy pensaríamos que habían sido tomadas con ‘ralentisseur’; pero en aquellos días yo pensaba que aquella cantidad de movimientos, esparcidos en aquella cantidad de tiempo, con tanto significado y tan oculto para mi mente casi infantil, debía corresponder al secreto de adultos muy inteligentes. Y deseaba ser mayor para comprenderlo: aspiraba a comprender lo que ya empezaba a sentir con perezosa y oscura angustia. Era algo encubierto por aquellos movimientos, bajo una dignidad demasiado seria que, tal vez únicamente, podría profanarse con el mismo arte tan superior como el que ella empleaba. -Yo ya pensaba en profanarla-. Tal vez se llegara a ella, en un esfuerzo tan grande de la inteligencia, en un vuelo tan alto, como el de las abejas cuando persiguen a su reina. Mientras tanto, un largo vestido cubría a la mujer, con escalinata y todo.<sup>1</sup>

Como presente –y, digamos, en el ápice de su popularidad cinematográfica– la incorpora un menos notorio Julio Silva y Valdez (1890-1967), recuperando en su poesía “La hora del ímpetu” (1915) el tipo de la vampiresa y sus peligros, para dirigirse a la amada:

Tus manos tienen caricias de suaves convalecencias [sic],  
que dicen del imposible apoteosis de quererte,  
caricias con que una noche de raras intermitencias,  
soñara Lyda Borelli para encender a la Muerte...<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> HERNÁNDEZ, Felisberto. “Por los tiempos de Clemente Colling”. En: *Cuentos reunidos*. Prólogo de Elvio E. Gandolfo. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009, pp. 23 y 24.

<sup>2</sup> SILVIA Y VALDEZ, Julio. “La hora del ímpetu”, *Anales Mundanos*, n. 14, 1915, s.p.



Portada de la revista *Mundo Uruguayo*, n. 50 18 de diciembre de 1919.

Aparece cuatro años más tarde, gracias a la pluma de un anónimo, escondido bajo el pseudónimo de Hermes, como la cabecilla de una banda de delincuentes.<sup>3</sup> ¿Una versión vernácula de *Fantomas*? ¿Acaso el inicio de un posible guion? Ambientado en tierra británica apuesta, para su comienzo, a una suerte de *establishing shot*: la estación de Waterloo. Y guía a quien lee por un recorrido turístico (de la estación al Parlamento y la Abadía) para recalar en la “gran casa de los

escándalos” donde viven “los tres ladrones más temibles del mundo actual”. Uno de ellos es, por supuesto, nuestra Borelli. Sin intenciones de revelar los secretos de este brevísimo relato, entre policial y conspirativo, dejamos con él a las y los amantes del género.

Con este cuento publicado en *Mundo uruguayo*, el 18 de diciembre de 1919, 101 años atrás, *Vivomatografías* quiso sumar un elemento a la biblioteca ideal de cine y literatura latinoamericanos, pero también a los múltiples cruces entre nuestro continente y Europa, del que el dossier de este número es exponente neto. Buena lectura.

<sup>3</sup> HERMES. “Lyda Borelli, Alvaro Atmeller, Carolus Mont-Blanc”, *Mundo Uruguayo*, n. 50, 18 de diciembre de 1919, s.p.



## MUNDO URUGUAYO

LYDA BORELLI,  
ALVARO ATMELLER,  
CAROLUS MONT-BLANC

Salimos de la estación de Waterlôo. Hacia la izquierda nos dirigimos al puente de Westminster. Cruzamos ante la mole envuelta en nieblas del Parlamento británico, y pasando a espaldas de la Abadía, nos detenemos en la esquina solitaria de la calle Victoria.

Nos hallamos ante la gran casa de los escándalos, construida en mármol picado y carcomido por las nieblas del Támesis. Lo que ocurre en esta casa para nadie es un secreto.

Aquí viven los tres ladrones más temibles del mundo actual; los jefes de la banda internacional de estafadores, que tiene a sus órdenes un verdadero ejército de aventureros operando del Támesis al Rhin, de aquí al Sena y a las orillas del Plata, en los focos de la civilización y la elegancia, como París y Viena, y en los lugares más tranquilos, como Amiens y Toledo, en las ruinas de Hanghok, en el fondo de Asia, en los sitios menos sospechosos, en los cuales nosotros somos incapaces de pensar que pueda hallar un ladrón campo para sus hazañas.

Estos tres jefes del Comité central se llaman: Carolus Mont-Blanc, Alvaro Atmeller y Lyda Borelli. Estos, como Napoleón, ganan las batallas desde su gabinete. Sabido es que el Corso genial sólo necesitó ser héroe una vez en su vida, en el Puente de Arcola; todas las batallas las tenía ganadas antes de empezarlas, y únicamente las presenciaba de lejos para atender a cualquier imprevisto, y, sobre todo, para que la sombra de su silueta en el horizonte lanzara a la matanza, como lobos, a sus soldados. Así los jefes del Comité de Londres. Estos, como Napoleón, eran el cerebro genial; pero no necesitaban, como el emperador, mostrarse en las batallas; para esto servían los subdirectores del negocio, unos hermanos argentinos y paraguayos, con una bravura más serena, más consciente y tan absurda como la del Espartero, por ejemplo.

Es admirable la manera que tienen de planear un negocio los tres jefes aventureros. Para discutirlo se reúnen en el salón suntuoso de su palacio, impecablemente vestidos de etiqueta. Ellos con sus frac ingleses de diplomáticos, y ella con un traje riquísimo y sus joyas suntuosas. De este modo consiguen, a más del respeto personal que se tienen, no perder la educación jamás. Esto, en una discusión seria y empeñada, es un factor importantísimo para llegar a puerto.

Alvaro Atmeller, español, hermano del célebre carterista madrileño, es el encargado de planear los negocios en bruto y de exponerlos luego a la consideración de sus dos compañeros. La misión de Alvaro solamente consiste en exponer sencillamente el programa estratégico.

El asunto más fantástico en boca de Atmeller es de una sencillez y una naturalidad absolutas.

El asalto al castillo de Fontainebleau; el robo del Cristo de El Escorial, de Benvenuto; la entrada en los palacios reales de la India; la posesión de las minas de brillantes del Transvaal, robándole la propiedad a Cecil Rhodes..., todo esto que así, en principio, parece un imposible, oyéndoselo explicar a Atmeller tenía la plasticidad de lo ya realizado.

Atmeller habla siempre en serio; pero tiene una gracia espantosa. Atmeller en todo plan que traza calcula siempre los muertos que ha de haber y los calcula de este modo verdaderamente irrespetuoso:

— En el robo del diamante azul, por ejemplo, habrá de cuatro a seis "besugos" — decía.

Los besugos eran los muertos. Y lo estupendo era que jamás se equivocaba.

Cogido el plan, en bruto, por Ca-



rolus Mont-Blanc, el ilustre aventurero francés lo estudiaba; con su imaginación portentosa empezaba a construir sobre aquella base inmovible e iba surgiendo el edificio sólido, enorme, con sus cuatro amplias fachadas libres y su torre esbelta y señorial en uno de los ángulos.

Inmediatamente venía el talento poderoso y sereno de Lyda Borelli, y atacaba fieramente la fortaleza.

El talento de la Borelli no tenía de Italia, su patria, otra cosa que el amor y el respeto a la línea y la armonía; en cambio, parecía inglés por su recia fibra de investigador, de pensador y negociante.

Los dos hombres respetaban a la mujer, y los tres juntos formaban una sola personalidad indestructible e inviolable para el ejército de aventureros que operaban en todo el mundo a las órdenes de aquel temible tribunal.

Los delitos de sangre eran desde luego rechazados por el Comité. Había algunos tentadores por el éxito metálico, caudaloso, que representaban. Pero Lyda Borelli los rechazaba sin discusión.

Cierta vez que se trataba de asesinar a un jefe de Estado con el único miserable objeto de efectuar un colosal negocio de Bolsa, la Borelli se opuso de un modo terminante. Como la discusión llegara a una temperatura nunca alcanzada por ninguna otra, la Borelli, levantándose de su asiento, dijo:

— Yo dejo de pertenecer a la banda desde este momento.

Pasado el instante de estupor, Atmeller añadió:

— Yo, también. Quedan dos puestos vacantes.

Carolus Mont-Blanc dió fin a la escena, afirmando:

— Queda rechazado el negocio. No se aceptan delitos de sangre.

Quedó, pues, compacto el Comité: pero en la numerosa banda internacional se hizo una escisión importante. De aquí nació la Sociedad de "Asesinos americanos", de la cual Bonnot, Garnier, Carony, etc., no han sido más que unos discípulos heroicos, sí, pero muchísimo menos cerebrales que sus ilustres maestros.

De estos formidables asesinos americanos, reclutados entre la mayor parte de los aventureros sagaces que logran rodar por los muelles de Nueva York y de arriesgados caballistas del Far-West, se hallan Agencias-corresponsales en casi toda Europa. Casi todos los crímenes del gran mundo, seguidos de misterio desesperante, han sido fraguados por esta temible banda, cuya organización perfecta detallaremos sucesivamente.

Hoy, en el mundo, se reparten el imperio del delito estas dos Asociaciones formidables: la "Banda de estafadores internacionales" y los "Asesinos americanos".

\*\*\*

Alejandro, Sesostris, los grandes conquistadores de Asia, son los aborígenes de los más ilustres forzados de Cayena y Tolón.

En pequeño y en grande, según nuestros medios, todos somos afortunados o desgraciados bandolerillos.

Disponte, lector, a estrechar la mano de los más ilustres asesinos y ladrones de Europa y América.

Si crees que esto es una broma, haz una lista de los nombres que figuran en mis artículos, y preséntasela a los más expertos policías de España, Inglaterra, Italia y Francia. Envasela a los jefes de Policía de Buenos Aires, Méjico, Perú, Chile, de todas las Repúblicas sudamericanas. Verás cómo los informes que obtengas de esos caballeros coinciden exactamente con los de este "cura".

Hermes.

Mundo Uruguayo, n. 50, 18 de diciembre de 1919. Fuente: Anáforas

Vivomatografías. Revista de estudios sobre precine y cine silente en Latinoamérica

Año 6, n. 6, Diciembre de 2020, 645-649.

## Referencias bibliográficas

- HERMES. “Lyda Borelli, Alvaro Atmeller, Carolus Mont-Blanc”, *Mundo Uruguayo*, n. 50, 18 de diciembre de 1919, s.p.
- HERNÁNDEZ, Felisberto. “Por los tiempos de Clemente Colling”. En: *Cuentos reunidos*. Prólogo de Elvio E. Gandolfo. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009, pp. 23 y 24.
- SILVIA Y VALDEZ, Julio. “La hora del ímpetu”, *Anales Mundanos*, n. 14, 1915, s.p.

---

### Para citar este artículo:

- TORELLO, Georgina. “‘Lyda Borelli, Alvaro Atmeller, Carolus Mont-Blanc’: Un cuento de forajidos en la revista *Mundo Uruguayo* (1919)”, *Vivomatografías. Revista de estudios sobre precine y cine silente en Latinoamérica*, n. 6, diciembre de 2020, pp. 645-649. Disponible en: <<http://www.vivomatografias.com/index.php/vmfs/article/view/340>> [Acceso dd.mm.aaaa].

---

\* **Georgina Torello** (Ph.D., University of Pennsylvania) es Profesora Adjunta de Literatura Italiana en el Departamento de Letras Modernas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UdelaR, Uruguay). Es investigadora del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Se especializa en estudios intermediales, en particular de las relaciones entre cine silente y literatura. Coeditó libros y artículos en revistas académicas en sus áreas de especialización. Es autora de *La conquista del espacio. Cine silente uruguayo (1915-1932)* (Montevideo: Yaugurú, 2018); y editora de *Uruguay se filma. Prácticas documentales (1920-1990)* (Montevideo: Irrupciones Grupo Editor, 2018). Actualmente, co-coordina el Grupo de Estudios Audiovisuales (GEstA, Uruguay) y, en ese marco es co-responsable de dos proyectos sobre cine en UdelaR (CSIC y EI). Codirige la publicación arbitrada *Vivomatografías. Revista de estudios sobre precine y cine silente en Latinoamérica*. E-mail: [georgina.torello@gmail.com](mailto:georgina.torello@gmail.com).